

ella como en una hostería colocada para ellos en medio del Océano. Así es que entre los cuatro mil habitantes de Santa Elena, tres mil de los cuales ocupan el pequeño puerto de James-Town, no se ha desarrollado más que una industria consistente en engordar un poco de ganado que les llevan del Cabo, en cultivar algunas legumbres y frutas, reduciéndose su alegría en el año á una sola, la que les proporcionan los que desde el confín de Oriente vuelven á Europa, deteniéndose en su puerto para descansar y refrescarse, placer que pagan con un poco de dinero que han ganado en el Asia.

Tal es el sitio en donde Napoleón debía acabar su vida. Los navegantes experimentan siempre una alegría al llegar al puerto; pero este sentimiento no se abrigó quizás por la primera vez á bordo del *Northumberland*, al menos entre los ilustres pasajeros, que no experimentaron otra impresión que la que sienten los prisioneros al ver la puerta de la prisión que va á separarlos para siempre de su libertad. La población de la isla estaba toda entera en el muelle y hubiera llegado á ser una multitud si el número de habitantes lo hubiera permitido. Napoleón subió al puente y miró con tristeza aquella estancia árida, negruzca, en la que iba á sepultarse vivo. No manifestó ningún deseo, y dejó al almirante que escogiese el momento de saltar en tierra y el paraje en donde debería hospedarse provisionalmente. El almirante se apresuró á salir del navío para buscar un hospedaje á Napoleón hasta que hubiese preparado su establecimiento definitivo. El almirante empleó dos días en sus pesquisas y volvió excusándose por la tardanza á anunciar á Napoleón que había encontrado una casa pequeña, pero suficiente, en la que podría disfrutar en el acto del placer de estar en tierra. Napoleón abandonó el *Northumberland* el 27 de octubre con gran sentimiento de la tripulación, á la que dió las gracias por las atenciones que le había merecido. Al llegar á la casita que el almirante le había buscado, la encontró tan expuesta á las miradas de los habitantes, que juzgó imposible permanecer en ella más de uno ó dos días. El almirante le prometió buscar desde el día siguiente otra que estuviese mejor situada para librarle de las miradas de los curiosos. Había una habitación en la que Napoleón hubiera podido aposentarse convenientemente, la de *Plantation House*, preciosa quinta destinada al gobernador de la isla, situada en un valle fresco y sombrío, porque se extendía hacia el Norte, y que reunía á la comodidad del paraje en donde estaba una construcción elegante y una distribución y local suficientes.

Con el menor respeto de las conveniencias, esta casa es la que hubiera debido escoger para hospedar al ilustre prisionero; pero por un inexplicable sentimiento de mezquindad, al prestar la isla de Santa Elena al Estado, la compañía de las Indias se reservó el palacio ó quinta del gobernador, y por un descuido más incalificable aún lord Bathurst no pensó en exigir este sacrificio. Por estos motivos *Plantation House*, en donde Napoleón hubiera hallado inmediatamente un retiro sano y decente, quedó excluida de toda elección. Sobre una de las mesetas del Sur, la de *Longwood*, había una hacienda de la compañía, que servía de residencia al subgobernador y que podía, añadiéndole algunos departamentos, recibir una veintena de personas con sus criados. La meseta de Longwood era bastante extensa para pasear

á pie y á caballo, y se hallaba cubierta en parte por un bosque de gómeros, pero por desgracia inclinada al Sudeste y expuesta al viento del Cabo. Este era un inconveniente que debía ser muy sensible con el tiempo, pero á primera vista no tenía nada de desagradable la meseta. Presentaba un campamento cómodo y sano para las tropas destinadas á custodiar la morada de Napoleón, y las costas con que terminaba en el mar eran sobre poco más ó menos inaccesibles. Estas eran suficientes razones para que el almirante escogiese la meseta, y propuso la hacienda á Napoleón, invitándole á que fuese á caballo para que viese si el paraje y la localidad le agradaban. Napoleón aceptó la proposición, al día siguiente fué con el almirante á Longwood, y encontrando en este punto, después de muchos meses de mar, un poco de tierra y de verdura, y sobre todo una soledad en la que las miradas de los curiosos no podrían descubrirle, manifestó que le agradaba la hacienda, y consintió en que se empezasen las obras necesarias para que pudiese ser habitada.

Al subir desde James-Town hasta el pico de Diana para dirigirse á Longwood, descubrió en aquel valle un pequeño pabellón que le gustó mucho. Al volver de Longwood le visitó y manifestó deseos de aposentarse en él temporalmente. Su propietario era un negociante del país, residente con su familia en una casa vecina, y le ofreció con entusiasmo el pabellón, en el cual quiso instalarse Napoleón sin pérdida de tiempo, teniendo que conformarse con la necesidad de dormir, comer y trabajar en la misma habitación; pero sus vistas ofrecían el espectáculo de un precioso valle, y se instaló con gusto en este reducido albergue, que era conocido en el país con el nombre de *Briars*. No sabiendo cómo hospedar á algunos de sus criados, se colocó una tienda de campaña al lado del pabellón. El mayor inconveniente de esta residencia era el de separar á Napoleón de sus compañeros de infortunio, los que para verle tenían necesidad de dar todos los días un gran rodeo. Sin embargo, se buscó una habitación más próxima para Mr. de Las Cases, á quien Napoleón deseaba tener cerca porque en aquellos momentos le dictaba la relación de sus campañas de Italia. Vivía, pues, con lo más indispensable, sin cuidarse para nada de las privaciones físicas, porque durante sus largas y terribles guerras las había sufrido mucho mayores y más crueles. Es cierto que el peligro y la gloria le hacían olvidar entonces de lo demás, al paso que la cautividad contribuiría á envenenar hasta la abundancia y los placeres. Napoleón experimentó en esta época, en la que comenzaba su reclusión, un primero y durísimo rigor. Hasta entonces, emperador á bordo del *Bellerophon*, general en jefe en el *Northumberland*, había podido creerse libre, porque el navío era una prisión flotante en la que sus propios guardianes se hallaban tan cautivos como él. A bordo del *Northumberland* no se había ejercido ninguna vigilancia; pero al saltar en tierra, el almirante, preocupado por la responsabilidad que tenía sobre sí, no se atrevió á dejar á su prisionero la isla por prisión. Como hemos dicho, esta isla contaba nueve ó diez leguas de circunferencia á lo más, sus costas eran casi inabordables, no era apenas accesible más que por el pequeño puerto de James-Town, severamente custodiado, y se hallaba además cercada por un crucero numeroso.

Si Napoleón hubiera procurado evadirse, le hubiera sido muy difícil llevar á cabo su propósito, sobre todo en los primeros días, antes de haber podido encontrar cómplices, de ocultarse por completo á la vista de sus guardianes, y de hallar una embarcación que le transportase á la América. Sin embargo, queriendo tener la certidumbre física y continua de su presencia, el almirante rodeó á Briars de centinelas que no debían perder de vista á los habitantes del pabellón. La penetrante mirada de Napoleón no tardó en descubrirlos, y esta fué para él una de las más vivas, de las más dolorosas impresiones de su cautividad. El almirante, que por lo demás abrigaba las mejores intenciones, conociendo que Napoleón, que había pasado su vida á caballo obligando á imitarle á sus contemporáneos, no podría privarse de este ejercicio, se procuró tres caballos de montar bastante buenos, procedentes del Cabo como todos los que había en la isla. Napoleón se hallaba dispuesto á utilizarlos, pero cuando vió que un oficial inglés ponía el pie en el estribo para seguirle, renunció á esta distracción, por necesaria que fuese á su cuerpo y á su espíritu, y ordenó que se devolviesen los caballos al almirante; sin embargo, comprendiendo que con esta medida recompensaría mal la delicada atención de lord Cockburn, retiró la orden que había dado y conservó los caballos sin hacer uso de ellos.

Algunos jueces han censurado á Napoleón por sentir estos tormentos ó por manifestar que los sentía. ¡Qué poco cuesta hablar de los pesares ajenos! ¡Con qué facilidad se aconsejan los medios de soportar las penas! Por mi parte, yo que me afecto profundamente al ver sufrir, no sé apenas censurar á los que padecen, y carezco del valor suficiente para examinar si en tal día ó tal hora dejaron de tener las nobles víctimas torturadas por el dolor la actitud impasible que se quería imponerles. En mi concepto no hay víctimas más conmovedoras que Pío VII, Luis XVI y María Antonieta, y hay instantes en su cruel agonía que querría suprimir. El cuerpo humano no debe verse en las convulsiones del dolor físico, porque siempre pierde algo de su grandeza; y lo mismo sucede con el alma en ciertas ocasiones: es preciso cubrir con el velo de una compasión respetuosa. Si Napoleón hubiera sido un anacoreta cristiano, hubiera podido decirsele: «Humíllate ante tus verdugos.» Pero su alma invencible para el cansancio, para los sufrimientos físicos, para los peligros, al caer desde tan alto temblaba ante las humillaciones; y es preciso perdonar estos primeros estremecimientos de impaciencia al hombre que, habiendo visto durante quince años los reyes á sus pies, se hallaba entonces aprisionado en las cadenas de estos mismos reyes. Sus compañeros hicieron mal en contribuir á irritarle refiriéndole el trato que recibían en James-Town. Vigilados hasta en sus más insignificantes movimientos, seguidos á todas partes por un soldado, sufrían incomodidades insoportables, y se quejaron vivamente á su infortunado señor, quien sintió mucho más que los suyos los pesares de sus compañeros, y no pudiendo contenerse, repitiendo lo que había expuesto á lord Keith, dijo que se violaba en él el derecho de gentes y la humanidad; que no era un prisionero de guerra, porque se había confiado voluntariamente á los ingleses después de haber hecho á su generosidad un llamamiento del que no eran dignos; que hubiera podido

dirigirse al Loira, continuar la guerra, aumentar sus horrores, ó bien haberse entregado á su padre político ó al emperador Alejandro, su antiguo amigo, los que, movidos por la ley de la sangre ó la del honor, se hubieran visto precisados á tratarle con consideración; que los ingleses no tenían sobre él los derechos que se tienen sobre los prisioneros, y que de todos modos este derecho cesaba con la guerra; y, por último, que aun á los mismos prisioneros se guardaban atenciones conformes á su categoría respectiva, á su situación, sin faltarse á ellas por ningún concepto. Napoleón, recordando entonces cómo se había portado en otro tiempo con el emperador de Austria, con el rey de Prusia á quien hubiera podido destronar, con el emperador de Rusia á quien hubiera podido aprisionar en Austerlitz, y á los que había evitado la mayor parte de las consecuencias de sus desastres, comparaba amargamente la conducta de ellos con la suya, olvidando al quejarse la verdadera causa de este distinto trato, olvidando que Alejandro, Federico Guillermo y Francisco II cuando les guardaba tantas consideraciones no inspiraban ningún temor, mientras que él, por el contrario, á pesar de estar vencido, intimidaba al mundo; y que debía á su genio, al abuso de este genio, la extraña cautividad á que se hallaba reducido.

Después de este arrebató que le desahogó, exclamó de pronto: «Por lo demás, no soy yo quien debe hacer reclamación alguna. Mi dignidad me impone el silencio, aun en medio de los tormentos, pero vosotros que no necesitáis guardar tanta reserva, vosotros podéis quejarnos. Tenéis esposas, hijos; es inhumano que sufran de este modo, y estas circunstancias motivan suficientemente cuantas reclamaciones podéis hacer.» Con efecto, se quejaron, y el almirante, que tenía el rostro seco, pero no el corazón, hizo todo lo posible para que fuese más soportable su estancia en James-Town. No disminuyó su vigilancia, porque su responsabilidad le estremecía, pero prescribió á sus oficiales que guardasen las mayores atenciones á los prisioneros, sin renunciar á la precaución esencial de no perder nunca de vista al principal de todos ellos.

Al cabo de algunos días se mejoró un poco la situación. Sucesivamente fueron estableciéndose en Briars algunos de los compañeros de Napoleón, y se facilitaron los medios de que se comunicaran con él con más comodidad. Pudo tenerlos á su mesa, continuar con su ayuda la tarea que había emprendido, ocupar en fin el espíritu que bullía en su interior devorándose á sí propio cuando no le daba cualquier otro alimento. Reanudó sus conversaciones, y empezó á pasear á pie, lo que le permitieron verificar sin vigilancia alguna, viendo que no podía andar mucho. Lo primero que hizo fué recorrer los vallecillos paralelos de James-Town situados hacia el Norte. Al abrigo del viento Sur y de los ardientes rayos del sol, eran, como hemos dicho ya, frescos, sombríos, y ofrecían á la vista paisajes pintorescos. Un día se alejó bastante Napoleón y se detuvo en la modesta granja de un militar inglés, el mayor Hudson. Amable y sencillo con el dueño de la granja, fué acogido con respeto, y se retiró muy contento de la cordial recepción que le habían dispensado; pero como se hallaba lejos de Briars le prestaron caballos para volver á su pabellón, y este paseo le agradó con extremo. Poco

á poco fué acostumbrándose al albergue en donde se hallaba instalado, con la esperanza de que no tardaría en trasladarse á otro más soportable, y vivió en él como en una de las numerosas tiendas de campaña en las que había pasado una parte de su borrascosa vida.

El dueño de la casita en donde habitaba Napoleón, comerciante de condición obscura, pero con un corazón excelente, se esmeraba en hacerle disfrutar de su jardín y de su modesta sociedad. Tenía dos hijas jóvenes que hablaban un poco el francés, muy vivarachas, muy inocentes, y que en toda la fuerza de su juventud se hallaban adornadas con todas las cualidades de esta hermosa primavera de la vida. Las dos iban á visitar el emperador destronado, le hacían preguntas con la ignorancia propia de su edad y de su condición, y ejecutaban en su presencia aires italianos en un instrumento poco armonioso. Napoleón escuchaba sus sencillas preguntas y respondía á ellas con extremada bondad. Una de ellas que había leído en una novela histórica el nombre de Gastón de Foix y que tomaba al héroe de Rávena por un general del imperio, le preguntaba si Gastón era valiente y si había muerto ya. «Sí, respondió Napoleón con una paciencia paternal, era muy valiente y ha muerto.» Se interesaba por estas niñas como por los pájaros que revoloteaban en su jardín. Por lo demás, estas eran sus únicas distracciones, y no debía ni encontrar, ni buscar, ni desear otras.

De este modo pasaron los meses de octubre y noviembre tranquilos, pero tristes, como iban á pasar todos los años de su extraña cautividad. Por entonces llegaron los primeros correos de Europa, y los desterrados recibieron noticias de sus familias, lo que sirvió de gran consuelo á su alma. Napoleón no recibió ninguna carta de la suya. Su madre, sus hermanos y hermanas, dispersos, fugitivos, obligados á ocultarse, no pudieron procurarse los medios de escribirle.

María Luisa ni siquiera pensó en hablarle de su hijo. Las noticias interesantes para él fueron las de los periódicos. Le hablaban de la Francia con mucha minuciosidad, y le conmovieron profundamente. Los Borbones que en 1814 habían vuelto á Francia con tanta dulzura, regresaban entonces con la cólera en el corazón y una funesta preocupación en el ánimo. Creían que una vasta conspiración era la única causa que los había expulsado el 20 de marzo, y que era á la vez justo y político castigar á sus autores. Los periódicos anunciaban numerosos destierros, numerosos arrestos entre los hombres más adictos á Napoleón, y todos comprometidos por su causa.

Ney, La Bedoyere, Drouot, Lavallette, estaban amenazados de persecuciones rigurosas y de ejecuciones sangrientas. Napoleón sintió mucho la suerte que aguardaba á estos tres últimos, á los que estimaba sinceramente, y experimentó una piedad profunda por la de Ney, á quien no apreciaba tanto, pero cuya energía guerrera admiraba con extremo. El sistema de defensa que parecían aceptar para el infortunado mariscal no le hirió, pero le afligió mucho. Con la poderosa lógica que empleaba en todos sus juicios, indicó inmediatamente el verdadero sistema de defensa que debían emplear. «Se engañan, dijo, si quieren ablandar á los jueces de Ney presentándole como mi enemigo, al recordar su conducta en Fontainebleau. Si hay algún medio de sal-

varle, este medio es el hacer brillar en su favor toda la fuerza de la verdad. Ney no ha sido conspirador porque nadie ha conspirado. Cuando partió de París quiso detenerme. En Lons-le-Saulnier repitió la misma tentativa, y hubiera realizado su propósito si las tropas y la población no le hubieran violentado. Pero, al acercarse á mí, un movimiento de los ánimos, general, irresistible, le impulsó lo mismo que á los demás, y no tuvo más remedio que ceder. Debo advertir que en aquella ocasión me escribió en los términos más honrosos declarándome que había obrado en el sentido en que lo había hecho, no por mí, sino por el país, y ofreciendo retirarse si mi política no estaba de acuerdo con el deseo, con el voto universal. Cuando nos encontramos en Auxerre le corté la palabra estrechándole la mano, y diciéndole que se fíase en mí, porque mi política sería la que todos los franceses deseaban, y que dictaba sólo el buen sentido. En esta época permaneció separado de mí, pero se hallaba interiormente agitado por el sentimiento de su falsa posición personal. Su conducta se resintió de este estado en los Quatre-Bras y especialmente en Waterloo. Nunca ha sido más heroico ni más irreflexivo que en estos puntos, y al contribuir á perdernos, se ha perdido á sí propio. Pero ni los Borbones ni yo tenemos por qué reconvenirle, más que por haber sucumbido bajo la violencia de los sucesos. Debe decir á sus jueces: No he hecho traición á nadie, he sido arrastrado; y para esta clase de delitos tan frecuente, tan excusable en las revoluciones, se ha promulgado una ley que es la capitulación de París, capitulación sagrada á la que está ligado el honor de los generales vencedores, el honor de sus soberanos, y esta capitulación pone todos los delitos políticos al abrigo de toda pesquisa. He aquí lo que Ney debe decir, y esta debe ser toda su defensa, porque es toda la verdad. O la capitulación de París no tiene valor, ó se aplica forzosamente al delito de Ney. Si él escoge este género de defensa, que es el verdadero, acaso vencerá á sus jueces, y si no lo consigue, los deshonrará ante la historia y morirá rodeado de la eterna simpatía de las gentes honradas! ¡Ney, pobre Ney, exclamaba Napoleón, que funesta suerte te espera!» Prosiguiendo su discurso sobre el mismo asunto y repitiendo que ni el mariscal ni nadie había hecho traición el 20 de marzo: «Cada cual ha cumplido su deber, decía, y los jefes militares lo mismo que los jefes civiles; pero el ejército y el pueblo de los campos arrastraron á todo el mundo.» Napoleón citaba con este motivo un suceso notable y digno de ser conservado por la historia. «Se ha acusado á Massena, decía, de haber hecho traición á los Borbones, y vais á ver como no hubo nada de esto. Cuando yo estaba en París, restablecido en el trono imperial, era ocasión de hacer valer sus méritos para conmigo y de vanagloriarse de lo que había arriesgado en mi favor. Massena fué á París, le pregunté qué hubiera hecho si en vez de tomar el camino de Grenoble me hubiera dirigido por el de Marsella en donde radicaba su mando. Massena, que no es adulator, se mostró bastante apurado para responderme, y volviendo yo á preguntarle me dijo: *Señor, habéis hecho muy bien en tomar el camino de Grenoble.* Ninguno de mis mariscales se hubiera atrevido á contestarme así, pero todos hubieran tenido derecho para hacerlo, excepto Davout que no ocupaba ningún destino, que había sido indignamente tratado,

y que era el único dueño de sus acciones. Así, pues, nadie ha vendido á los Borbones, y si hoy se vengan es por debilidad, por agrandar á su partido y con el fin de ocultar las torpezas, las faltas de su conducta. Pero su porvenir no me parece muy seguro. Entregándose á las pasiones de la emigración, se separarán más y más de la Francia, y no es mi hijo quien se aprovechará el primero de esto; la casa de Orleans se anticipará á él, pero después no sería extraño que tocara su turno á los Bonaparte.» Después de pronunciar estas palabras hijas de una profunda previsión, Napoleón se ocupaba otra vez de la injusticia de las persecuciones anunciadas, y manifestaba por La Bedoyere, por Ney, por Drouot y por Lavallette una inquietud inmensa. Con todo, parecía creer que la virtud de Drouot tan universalmente reconocida sería un escudo impenetrable; pero temblaba por La Bedoyere, por Ney, por Lavallette, y aguardaba con impaciencia nuevas noticias de estas víctimas que eran por desgracia tanto suyas como de los Borbones!

Por más que en Briars hubiese llegado á formarse una estancia casi soportable, Napoleón estaba en ella tan estrecho y veía tan maltratados á sus amigos, que se mostró impaciente por trasladarse á Longwood. El almirante, á quien llamaba su *tiburón*, pero cuyo corazón apreciaba, había hecho todo lo posible para que terminasen cuanto antes las obras de su nueva residencia. Empleó en ellas á los obreros de la ciudad y de la flota, y con maderas, encerados y materiales de todas clases, logró construir un vasto piso bajo, en el que Napoleón podía hospedarse con todos sus compañeros de destierro. En cuanto la casa fué declarada habitable, propuso el almirante á Napoleón que se trasladase á ella, y el ilustre desterrado aceptó inmediatamente la proposición.

El 10 de diciembre dejó á Briars, se despidió de la familia que tan bien le había recibido, le dejó muestras de su munificencia, que en nada disminuyó la situación en que se hallaba, y partió á caballo llevando á sus dos lados al almirante y al gran mariscal Bertrand. Como siempre, iba vestido con el uniforme de la guardia y montaba un caballo del Cabo, vivo, dócil y fácil de manejar. Este trayecto no le disgustó, y al llegar á Longwood encontró al 53 regimiento inglés acampado en la vecindad de su nuevo domicilio. El almirante le presentó á los oficiales del regimiento, y después le condujo á las habitaciones que le estaban destinadas. Su construcción era muy poco sólida, se hallaban cubiertas de tela encerada, y su mueblaje era sumamente modesto. Napoleón no reprobó nada. Tenía algunos cuartos para dormir, trabajar, recibir á sus amigos, y á ellos no les faltaban las habitaciones necesarias para hospedarse en torno suyo.

Era todo lo que deseaba. Dió gracias al almirante, y se instaló en esta morada que debía ser para él la última. Mandó extender su cama de campaña en una pieza, colocar sus libros en otra, y colgar delante de él los retratos de su hijo y de algunos de los miembros de su familia. Después de estas habitaciones había una sala de recibo y otra para comer con sus convidados. Mr. de Las Cases y su hijo, Mr. y Mma. de Montholon y el general Gourgaud habitaban en la otra ala del edificio. El gran mariscal Bertrand, aficionado á la soledad, y Mma. Bertrand, que poseía un alma generosa, pero que

no era muy á propósito para la vida en comunidad, pidieron una habitación separada, y les prepararon una á la entrada de la meseta de Longwood, de modo que no eran comensales, sino vecinos del emperador. Esta casa se llamaba *Hutt's-Gate*.

Tomadas estas disposiciones, Napoleón dió principio á su nuevo género de vida procurando conformarse con él. Habiéndose acostumbrado durante la guerra á velar una parte de la noche, su sueño era irregular y poco seguido. Se despertaba con frecuencia, se levantaba para leer ó trabajar, volvía á acostarse, y si no podía



Silla en que trabajaba Napoleón en Santa Elena
(Colección de S. A. I. el príncipe Víctor Napoleón)

dormir montaba á caballo desde el amanecer, volvía cuando el sol se dejaba sentir, almorzaba solo, después dictaba ó descansaba, empleaba de este modo tres ó cuatro horas de la tarde, entonces recibía á sus compañeros de destierro, se paseaba en coche con ellos, sus esposas y sus hijos, comía al anochecer, y pasaba las noches en su compañía, unas veces leyendo juntos algunas buenas obras, y otras contándoles los episodios de su vida, que todos escuchaban con la mayor atención. Se esforzaba en prolongar las veladas, porque cuanto más tarde se acostaba mayor era su esperanza de conciliar el sueño. *¡Qué conquista sobre el tiempo!*, exclamaba cuando hacía durar la reunión hasta las once ó las doce de la noche.

En Longwood como en Briars, la vigilancia sobre su persona debía constituir la principal dificultad de sus relaciones con las autoridades británicas. El 53, acampado á cerca de una legua de distancia, no era molesto, y durante el día los centinelas no estaban á su vista. Napoleón no los veía más que cuando se alejaba lo bastante para no poder ir á pie; pero si montaba á caballo y se alejaba algunas millas, debía acompañarle un oficial, aunque retirado lo suficiente para no turbar

sus desahogos íntimos cualesquiera que fuesen. Manifestando Napoleón una extremada repugnancia á montar á caballo si debía ser espiado, el almirante, que no quería privarle de este ejercicio, mandó trazar en torno de la meseta de Longwood límites abrazando un circuito de cerca de tres ó cuatro leguas, en cuyo recinto podía circular libremente. En cuanto traspasase estos límites debía seguirle un oficial.

Por la noche, á las nueve, los centinelas se acercaban á la habitación y la envolvían de tal manera que nadie podía pasar sin ser visto. Un oficial de servicio en el interior de Longwood debía ver á Napoleón una vez al día y á veces dos, según las instrucciones de lord Bathurst, á fin de que tuviese la certidumbre física de su presencia en Santa Elena. En los puntos salientes de la isla se habían levantado telégrafos para comunicar á Plantation House, morada del gobernador, todo cuanto importante sucediera en Longwood, y sobre todo la desaparición del ilustre cautivo si cesaban un instante de verle. Un vigía colocado en el pico de Diana, desde el que se abarcaban doce leguas de mar, debía señalar á James-Town la proximidad de cualquiera embarcación desde el momento en que la descubriese, para que un bergantín de guerra saliese á escoltarla y á conducirla al puerto estorbando que saltase en tierra ningún hombre, ni que se desembarcase algún objeto sin ser inspeccionados previamente. Los navíos procedentes de cualquiera región no debían ponerse en comunicación con la tierra, ni entregar cartas ó paquetes destinados á los habitantes de Longwood más que por mediación del gobernador. A su partida no podían embarcar á nadie sin permiso de esta misma autoridad y sin haber sufrido un registro minucioso. Reglamentos severos particulares para los habitantes les prohibían toda clase de relaciones con Longwood, á no ser consintiéndolo la autoridad, advirtiéndoles que toda cooperación á un proyecto de evasión sería considerada como caso de alta traición y castigado como tal.

Estos reglamentos, producto de una extremada inquietud y basados en las instrucciones de lord Bathurst, indispusieron con extremo á Napoleón, á quien toda apariencia de cautividad hería más que la cautividad misma. Disgustado ya con el almirante á causa de las precauciones que había tomado en Briars, se aumentó su frialdad para con este funcionario y no quiso tratar con él acerca de los puntos que le interesaban, no seguro de poderse contener en una discusión de este género. Encargó de ello á Mr. de Las Cases, á Mr. Bertrand, á Mr. Gourgaud y Mr. de Montholon, los que exacerbados por la desgracia, no tenían en los labios más que un razonamiento sin valor para el almirante, tal era el de que el emperador se había confiado voluntariamente á los ingleses; que no podían considerarle como prisionero de guerra; que, por lo demás, concluída la paz no podía haber prisioneros de guerra; pero á todo esto hubiera podido responder el almirante que la seguridad de la Europa había exigido precauciones extraordinarias con el hombre extraordinario á quien se aplicaban. Sin embargo, lord Cockburn no era ni legista ni razonador, era un militar, todo corazón, pero al mismo tiempo rígido en el cumplimiento de sus deberes. Le habían dado órdenes y las ejecutaba. Estas órdenes le prescribían que ante todo asegurase la custodia del

prisionero, cuyo depósito común interesaba al reposo del universo, y sólo la idea de que pudiera evadirse le hacía estremecer.

Después de hacer que su custodia fuese infalible, no pensaba añadir á ella ningún rigor inútil, y si se equivocaba lo hacía sin ninguna intención de ostentar su autoridad, debilidad de todo agente subalterno que él no experimentaba en grado alguno. Es verdad que hubiera podido dejar á Napoleón la isla entera por prisión, porque con la precaución de identificar su persona dos veces al día en Longwood, podía estar seguro de saber siempre á tiempo su desaparición; y la isla era además tan pequeña, se hallaba tan cercada de navíos, era tan poco abordable á no ser por James-Town, que no había medio de que el prisionero pudiera escaparse sin ser hallado antes de que pudiera esconderse. Pero con todo, la precaución de no perderle nunca de vista era más segura, y el almirante no quiso renunciar á ella, cuidando sin embargo al practicarla de disminuir las molestias que podía ocasionar. El oficial de servicio no se ponía en evidencia, vivía en el edificio de Longwood con los mismos desterrados, contentándose con ver á Napoleón cuando se paseaba ó cuando iba de un cuarto á otro. Si Napoleón salía, no se cuidaba de seguirle mientras no traspasaba los límites marcados: sólo cuando debía traspasarlos era cuando montaba á caballo para vigilarle. En este caso caminaba á cierta distancia de él, y á veces le perdía de vista, cuando Napoleón movido por su curiosidad ó su atrevimiento se internaba por caminos impracticables. Muchas veces se atascó de este modo en los pantanos, sin poder seguir á su prisionero y sin quejarse de esto. En cuanto á su trato con los habitantes, por más que estaba prohibido en principio, era tolerado; los desterrados pudieron para sus necesidades comunicarse bastante libremente con James-Town, y respecto de las visitas, sabiendo el almirante quiénes eran las personas que iban ó venían, permitía su introducción en Longwood con tal de que se dirigiesen al gran mariscal Bertrand, quien en Longwood como en las Tullerías tomaba las órdenes de su señor para saber á las personas que quería recibir. Por todas estas circunstancias, Napoleón no parecía un detenido, en cuya prisión no puede entrarse sin permiso de sus carceleros.

A pesar de estas molestias, Napoleón no tomó aversión al principio á la residencia en la que estaba destinado á vivir y á morir. Hasta entonces se había encontrado bien; los inconvenientes del clima y los peculiares de la meseta de Longwood no habían causado daño alguno á su organización insensible para los sufrimientos físicos en la vida activa, pero delicada y sumamente susceptible en el reposo. Estaban en enero de 1816, es decir, en la buena estación de este hemisferio; los paisajes eran nuevos y ni él ni sus compañeros experimentaban todavía los tormentos del fastidio. Sufría por la inmensidad de su caída, por la pérdida de todas sus esperanzas, pero aún no le inspiraba su residencia ni disgusto ni horror. Se paseaba tan pronto á pie como á caballo, hacía con frecuencia largas caminatas, y dirigía preguntas á las pocas personas que encontraba, especialmente á un viejo negro que cultivaba un rancho cerca de su morada, y á una pobre viuda madre de dos jóvenes que le obsequiaban con flores. Él, por su parte,

se complacía en dispensarles beneficios. Algunas veces se encaminaba hacia el campamento del 53, en donde era muy bien acogido, y tratado como soldado por los soldados. Después, ya lo hemos dicho, volvía á su casa, trabajaba, dictaba á Mr. de Las Cases las campañas de Italia, al gran mariscal Bertrand la de Egipto, al general Gourgaud la de 1815; al anochecer salía en carruaje con las señoras Bertrand y Montholon, volvía á comer y empleaba la noche hablando de una porción de cosas ó leyendo en familia buenos libros. Los grandes escritores franceses le encantaban, y al leerlos experimentaba su inteligencia delicada y de buen gusto un inmenso placer.

Sin embargo, no podía pasar el tiempo sin que sufriese las consecuencias que los inconvenientes de su residencia le ocasionaban, lo mismo que á sus compañeros de infortunio. Después de recorrer veinte ó treinta veces toda la meseta de Longwood la encontró triste y monótona, y al intentar transpasar sus límites, la compañía del oficial que le vigilaba le pareció odiosa. Dejar á este oficial á gran distancia era poco decente, y llevarle casi á su lado insoportable. Sin embargo, algunas veces salía de la meseta y procuraba entrar en los valles opuestos, los del Norte, en donde estaba el pabellón de Briars y en donde se elevaba Plantation House. Comparando estos valles frondosos y sombríos con su meseta desprovista de todo abrigo contra el sol y el viento, no pudo menos de notar que para custodiarle con mayor seguridad le habían situado en un paraje á la vez desagradable y malsano. Sus compañeros de destierro decían que querían matarle. Menos extremado en su lenguaje, se limitó á pensar que con tal de identificar su persona no titubeaban en martirizarle. Con efecto, la facilidad que ofrecía para su vigilancia la meseta de Longwood, descubierta por todas partes y rodeada por el lado del mar de rocas cortadas á pico, era para los que habitaban en ella una serie de incomodidades insoportables. O se hallaba cargada con las nubes del Atlántico que se congregaban en derredor del pico de Diana, ó se veía azotada sin piedad por el viento del Cabo hasta el punto de que, á pesar de la cálida humedad del clima, no nacía en su suelo ni tan siquiera hierba. Un bosque de gomeros, árboles raquíuticos y de escaso ramaje, era todo el abrigo que ofrecía para librarse de los rayos del sol. Cuando estos rayos no caían de plano sobre aquel desierto, penetraba los vestidos una humedad desagradable; y cuando, por el contrario, brillaba el sol en toda su plenitud, entraban sus irresistibles rayos á través de las telas enceradas de las habitaciones de Longwood. Además no había agua en la meseta, y era preciso que unos criados chinos fuesen á buscarla en los valles del Norte, de los que no llegaba ni pura ni fresca. A estos inconvenientes había que añadir los que ofrecía una isla pobre, poco frecuentada, en la que los alimentos eran caros y de mala calidad, lo que importaba poco á la sobriedad de Napoleón, pero lo que le afligía por sus compañeros de destierro que habían llevado consigo á sus esposas y á sus hijos, acostumbrados á todas las minuciosidades del lujo europeo. «No hay que reirse,» dijo una noche á sus amigos; y al ver una mesa mal servida y las paredes casi desnudas, añadió: *no tendremos aquí de sobra más que el tiempo.*

Observando con su profunda penetración á sus compañeros de infortunio, notaba en ellos los primeros síntomas de la enfermedad moral que les producía el destierro, pudiendo descubrirlos en una especie de disgusto involuntario que manifestaban los unos contra los otros. Defendían sus preferencias en Santa Elena, sobre poco más ó menos lo mismo que en París, y el general Gourgaud, susceptible, celoso, irritable, experimentaba un despecho mal disimulado al ver á Mr. de Las Cases admitido por completo en la intimidad de Napoleón. Las dos familias Montholon y Bertrand, la una hospedada en Longwood y la otra en Hutt's Gate, dejaban asimismo traslucir algunas muestras de envidia; lo que probaba que las miserias de las cortes sobreviven al trono. ¡Pero es preciso perdonar y aun enaltecer unas rivalidades que se disputaban la preferencia del genio sepultado en el abismo! ¡Cuántas familias colmadas de beneficios por Napoleón continuaban entregadas á estas rivalidades, no en Longwood, sino en las Tullerías!

Napoleón reconocía en estas nacientes enemistades el triste efecto de la desgracia, y temiendo sus consecuencias para el porvenir de aquella colonia náufraga, lanzada por los vientos sobre una espantosa roca, procuraba consolar los celos con testimonios lisonjeros, calmarlos con prudentes disertaciones, ocultaba sus propios fastidios, y procuraba ahuyentar los ajenos prometiendo á todos un porvenir mejor del que esperaba en lo íntimo de su alma.

Transcurrieron los cuatro primeros meses de 1816, época en la que comenzaba la primavera en Europa y el invierno en Santa Elena, cuando se supo el 5 de abril que un navío procedente de Inglaterra conducía al nuevo gobernador, porque la misión del almirante Cockburn no había podido serle confiada más que temporalmente.

Este gobernador era el general Hudson-Lowe, á quien el cargo que desempeñó en Santa Elena ha alcanzado una triste celebridad. Sir Hudson-Lowe era uno de esos oficiales militares y diplomáticos á medias, que los gobiernos emplean en las ocasiones en que se necesita más habilidad que talento para la guerra. Con efecto, le habían sido confiadas varias misiones de las que había salido airoso, especialmente en el cuartel general de los aliados, en donde había contraído todas las pasiones enemigas de la Francia, y aunque no era tan malo como su rostro lo indicaba, sin embargo, su carácter no era benévolo. Cerrándose para él con la paz los caminos de prosperar militarmente, aceptó con la esperanza de ser bien recompensado una misión penosa y acompañada de una inmensa responsabilidad, tanto para con su gobierno como para con la historia. De esta última responsabilidad apenas se cuidaba, porque entonces no comprendía su gravedad, y su única precaución era la de no merecer la reconvencción que se hacía al almirante Cockburn, la de ceder al ascendiente del prisionero de Santa Elena. Sin proyectar ser un tirano, sir Hudson-Lowe tenía empeño en probar que era capaz de resistirse á cualquier clase de ascendiente que pudieran ejercer sobre su ánimo; y esta disposición debía ponerle más de una vez en pugna con el carácter poderoso y entonces irritado que le encargaban contener sin llevarle á la desesperación.

Apenas saltó en tierra pidió al almirante Cockburn